

Miércoles I del TO
Ciclo B



10 de enero de 2024

1Sam 3, 1-10.19-20

Sal 39

Mc 1, 29-39

Eduardo Suanzes, msps

Este relato del Evangelio es continuación del de ayer, en el que veíamos cómo Jesús realizaba su primera intervención en el ámbito religioso: en la sinagoga. Ayer decíamos cómo lo opuesto a Dios no está fuera, en los tradicionalmente tenidos por "enemigos de Dios", sino dentro, en el propio sistema religioso, simbolizado por la sinagoga, que postra-aliena al hombre. En la presunta casa de Dios se ha asentado los demonios, y los escribas son equiparados a ellos. Es decir, el excluyente fanatismo religioso de Israel no "pesca-salva" hombres, sino que los aliena. Y lo mismo ocurre en la sociedad que dimana de tal sistema.

No solamente en la sinagoga (ámbito religioso) aparece la postración; también, como vemos hoy, en las casas (ámbito doméstico) hay postración, hay fiebre que postra.

La suegra de Simón, postrada en cama, simboliza la injusticia perpetuada por el rígido sistema patriarcal hacia "los últimos" (las mujeres y los niños, que aparecerán profusamente a lo largo de todo el evangelio). En aquella estructura patriarcal, la esposa que llegaba de fuera ocupaba el último grado del escalafón dentro de la familia paterna del esposo. Rango aún más bajo tendría, por lógica, la madre de la esposa. La suegra es, pues, la "última" (por mujer y por estar "de prestado" en una casa ajena). Pero todo eso se veía como normal y conforme con la ortodoxia socio-religiosa de la vieja Ley. En el relato todo encaja simbólicamente para expresar así la postración que genera tal "orden" doméstico en el que viven estos presuntos "agentes" de la justicia divina. La suegra postrada en la casa es el equivalente al endemoniado en la sinagoga (de hecho, Lucas, en su versión de esta escena, habla de la fiebre como si fuera un demonio). Ambos ámbitos, sinagoga y casa, frutos de tan cerrada religiosidad, no liberan, sino que postran.

Los discípulos, testigos del exorcismo en la sinagoga y de la «*nueva doctrina enseñada con plena autoridad*» que habíamos visto ayer, dan aquí un primer paso liberador: hablan a Jesús de la postración de la suegra. Y Jesús les muestra plásticamente el nuevo camino, la «*nueva doctrina*», en el versículo siguiente: «*Él se acercó, la cogió de la mano y la levantó*». Estas tres acciones definen el mesianismo de Jesús.

Jesús se acerca en lugar de distanciarse, como hace el fanatismo religioso. Implica no sentirse superior y poner distancia, sino abajarse e interesarse-por. Así se sitúa frente a quienes pretenden ejecutar el juicio de Dios y se consideran a sí mismo superiores frente a los impíos: esos se "distinguen", se segregan o distancian de los pecadores.

Jesús ama, en lugar de agredir. Coger de la mano es tocar, identificarse con el otro, hacer propia su situación y su postración. Es lo contrario del odio (por muy justiciero que sea).

Tocar-tomar de la mano es signo del amor dado (Marcos repite mucho e insiste en su evangelio en el gesto de "tocar"). Jesús incumple normas al tocar a una enferma que podría impurificarle, y, encima, a una mujer que no es su esposa. El amor dado está por encima de toda norma, de toda ortodoxia (por muy "divina" que se autotitule).

Jesús levanta en lugar de derribar. El amor se da para levantar al postrado, no para rematar o tirar por tierra a nadie, ni siquiera al enemigo. Eso va a significar que Dios reine: que sus hijos (todos) estén en pie, no tirados por tierra. Y hay que empezar a hacer eso desde la propia casa, desde el propio ámbito vital.

¿Cuál es el efecto del amor solícito y dado?: «*La fiebre desapareció, y ella se puso a servirles*». Lo que «ata» e incapacita a la persona deja de atarle, y eso le abre al servicio hacia los demás, al amor compartido. Recordemos que esto transcurre en sábado, y esta mujer no podía servir la comida sabática, celebración del encuentro con el Señor. Ahora, con la irrupción liberadora de Jesús, sí puede. Tal encuentro es posible cuando "todos" están "en pie". Pero el "servicio" alude a una actitud que va a definir a todo discípulo en los evangelios (recordemos que los discípulos varones han de servir los panes y los peces tras la multiplicación). Aquí, una "última" ha recibido toda la atención y el amor de Jesús. Los discípulos deberán atender a los "últimos" haciéndose "últimos" ellos también, abajándose, acercándose, sintonizando y amando, no dominando ni castigando.

La secuencia terminará con dos "sumarios"; el primero: que todo el pueblo necesitado-postrado acude a la casa y Jesús les sana. El mesianismo de Jesús implica liberación. El Reino ha empezado a irrumpir. El segundo: huyendo de todo apego triunfalista, Jesús se irá de la casa para extender esta «*buena noticia*» por «*toda Galilea*».

Fíjense cómo el eco histórico de la mera sanación de una dolencia pasa a convertirse en una síntesis del mensaje programático del mesianismo de Jesús y del discipulado.